

# SOPA PARAGUAYA

## VIAJE POR EL PAN DE LA UTOPIA

Christian Kupchik  
Área Paidós Argentina  
(ckupchik@areapaidos.com.ar)

### I. PRELUDIO. SÍNTESIS Y JUSTIFICACIÓN

1. En el prefacio de su obra *Les Nègres*, Jean Genet se planteaba con la ironía –y la agudeza- que le fue característica, qué es un negro. Poco después, completaría la demanda interrogándose: “Y ante todo, ¿de qué color es?” La *boutade* de Genet es evocada ante la necesidad por definir Paraguay en el contexto del presente proyecto y dada una tradición que marca al país en el exterior bajo el signo de un permanente olvido.

Hacia finales de los años `80, Bill Buford, escritor, creador y editor de la mítica revista británica *Granta*, citaba con orgullo un nuevo proyecto editorial que se traía entre manos: una colección de libros que pendulaban entre el ensayo, el periodismo cultural y la ficción. Uno de los primeros títulos en preparación lo tenía absolutamente maravillado: Isabel Hilton, una excelente periodista y escritora escocesa especializada en China, estaba escribiendo sobre uno de los más oscuros y sanguinarios dictadores latinoamericanos (<sup>1</sup>). Intrigado, le pregunté de quién se trataba. “*Stroessner*”, respondió, “*un general que tomó el poder en 1954 y desde entonces se mantiene a sangre y fuego como máxima autoridad de un país llamado Paraguay...*” Tras un momento de consternación después de

---

<sup>1</sup> La importancia que Buford le asignó al “libro” (en realidad, un extenso artículo de más de 60 páginas) de Hilton no resultó exagerada: *The General*, fue la tapa exclusiva del *Granta* 31, aparecido el 1 de abril de 1990. En el mismo número, había artículos de Gabriel García Márquez (*The future of Colombia*), Salman Rushdie, Richard Ford, Margaret Atwood o Tahar Ben Jalloum, entre otras prestigiosas plumas. *The General*, por otra parte, cobró inesperada actualidad debido al hecho de que el 3 de febrero de 1989 Stroessner fue depuesto de su cargo por su consuegro, el general Andrés Rodríguez, y se exilió en Brasil luego de 35 años en el poder. *The General* fue recopilado posteriormente en el volumen especial *The Best of Granta Travel* (1991). Isabel Hilton es autora, además, de *The Search for the Panchen Lama* (1999), y colabora periódicamente con los medios *New Yorker*, *New Statesman*, *Time*, *New York Times Magazine*, *Literary Review*, *Financial Times*, *The Independent*, *The Observer*, *The Guardian*, *The Economist* y *Lettre International*.

pronunciada la última frase, remarcado por un implacable silencio, Buford agregó titubeante: "*Paraguay... remember?*"

Buford no se equivocaba del todo. Fuera de sus fronteras, Paraguay parecía ser sinónimo de silencio y olvido. Y no obstante, desde el mismo momento en que su territorio tomó conciencia de sí, o quizás antes, Paraguay estuvo abonado por mitos y utopías. Ulrico Schmidl, uno de los primeros en dejar constancia escrita de sus secretos, confesó el temor de los conquistadores a internarse en las entrañas del país por la supuesta e inquietante presencia de un ejército de Amazonas que dominaba el interior. Posteriormente, la fabulosa labor de las sucesivas misiones jesuíticas, irían edificando un nuevo no-lugar en el tiempo, un lugar en donde la eternidad de Dios, a través de Cristo, irrumpía en la historia: una utopía.

**2.** Cuenta la leyenda que durante la prolongada dictadura de Stroessner, en Paraguay estuvo prohibido, entre otra infinidad de cosas, el calor. Como durante el verano la temperatura subía más allá de lo aconsejable, el general prohibió denunciar las marcas del mercurio: siempre tenían que estar por lo menos siete grados abajo de lo real. El servicio de meteorología no podía suministrar la información correcta a los medios de comunicación, y estaban prohibidos esos relojes públicos que registran la hora y temperatura en las calles.

Ante la amabilidad de los paraguayos, me animé a desempolvar aquella vieja anécdota. Sorprendido, las fuentes locales no sólo confirmaron que la especie era rigurosamente cierta: en aquellos tiempos también estaban prohibidas las inundaciones, aunque el agua anegara todas las calles del país. Y por supuesto, las sequías, aun cuando fuera evidente para todo el mundo que la lluvia no se detenía en meses por región alguna.

Paraguay, poco a poco, era eso: un territorio imposible en el que todo podía tener lugar. Un viejo periodista, mezclando alguna expresión guaraní, contó que hasta el propio García Márquez en alguna ocasión confesó maravillado que "*de un país que tiene por plato nacional una sopa que es sólida, no quiero imaginar cómo será el resto*".

Y el resto, es nada más ni nada menos que el plasma de la utopía. El país es un gigantesco reservorio que a lo largo de dos siglos (y muy en particular, el último) se convirtió en caldo de cultivo esencial para utopías de toda clase y color. Políticas de cualquier signo, religiosas, ecológicas, etc.

La hermana de Nietzsche arribó con su marido y catorce familias para fundar una colonia que probara la superioridad de la raza aria (aunque este caso merecerá una debida particularización).

Un sabio suizo llamado Moisés Bertoni, se instaló en plena selva del Alto Paraná y desarrolló una obra fabulosa, que iba desde la clasificación de especies animales y vegetales hasta una serie de observaciones meteorológicas, que por su grado de implacable veracidad aún se las consulta bajo el nombre de *Almanaques Bertoni*.

Menonitas anabaptistas y sectas *amish*, provenientes de los lejanos tiempos de la Reforma, recorrieron un largo camino de destierros, de Alemania a Rusia, de Rusia a Canadá y de ambos países (además de México y Estados Unidos) a Paraguay, para concluir en una extraña simbiosis con los únicos habitantes del lugar, los pueblos originarios nivaclé, lengua y mbyá guaraníes. Hoy suman cerca de treinta mil almas y son el motor principal del Chaco Central. De hecho, el departamento de Boquerón donde se han establecido, sus principales ciudades –la capital, Filadelfia, o bien Loma Plata– son menonitas, y hasta el gobernador proviene de esa minoría.

Una secta de anarquistas y socialistas australianos, seguidores de la utopía humanista de William Lane, fundaron una insólita comunidad en el Oriente del país, que al poco tiempo se subdividió y dejó una estela imprecisa de relatos de donde surgió, entre otros, el principal etnólogo paraguayo, León Cadogan. <sup>(2)</sup>

La pregunta sería: ¿en este territorio de olvidos se gestaron los espasmos de las utopías occidentales del siglo XX? Planteada la inquietud a Augusto Roa Bastos, con esa generosidad tan suya, se explayó a lo largo de horas en consideraciones por demás enriquecedoras, pero dejó dos reflexiones invalorable. La primera de ellas, se dirigía exactamente a una de las hipótesis de *Sopa Paraguaya*: “*En Paraguay, creo, la modernidad se puede desarrollar a partir de formas muy arcaicas. Si uno retrocede puede, a partir de esos elementos, ver la modernidad.*” La segunda, mucho más inquietante, lo abarca todo. “*En Paraguay todos somos pequeños bloques planos*”, dijo Roa.

### **3. Todos somos pequeños bloques planos. Planos y complejos, cabría agregar.**

---

<sup>2</sup> En el presente artículo, sólo nos concentraremos en las dos primeras experiencias –y aún así, dada su extensión, parcialmente–, es decir, el fenómeno de Nueva Germania en el Departamento de San Pedro, y el de los menonitas de Filadelfia, en Boquerón. El trabajo original, por supuesto, incluye también a las colonias de Nueva Australia (Caaguazú) y Puerto Bertoni (Alto Paraná).

Siguiendo la misma lógica de la pregunta que se formulara Jean Genet en *Les Nègres*, el filósofo Alain Badiou interroga al siglo. En su caso, la demanda será: ¿cuántos años son un siglo? Y a continuación analiza distintas posibilidades de periodización, con la finalidad de aprehender el sentido del siglo a partir de sus subjetividades. Y Badiou aclara: “No pasa por juzgar al siglo como un dato objetivo, sino preguntarse cómo ha sido subjetivado, captarlo a partir de su categoría inmanente...”<sup>(3)</sup> A continuación, analiza las “subjetividades” a partir de textos, cuadros, secuencias; es decir, a partir del sentido que tuvo el siglo para sus propios actores.

Si atendemos al sentido etimológico que Tomás Moro le dio al nombre de su isla ideal, *outopos*, es fácil comprobar que la utopía habita el *no lugar*, o bien, el *lugar que no existe*. En este caso, Paraguay se ajusta como un guante a las necesidades del término. Sólo que hay algo más: se construyó asimismo una *ucronía*, un tiempo fuera del tiempo.

Pero hablamos de *subjetividades*, esto es, la particular decodificación que tuvo cada proceso de su propia experiencia. El presente proyecto, en consecuencia, se propone reexaminar el particular destino de los sujetos de estudio a partir del contrapunto del presente respecto a las utopías originarias<sup>(4)</sup>. Las sorpresas pueden llegar a ser mayúsculas. Porque cada experiencia tuvo un desarrollo inesperado (muchas veces en abierta contradicción respecto a las bases que las vio nacer). Y no sólo eso. En casi todos los casos, los proyectos crecieron a espaldas del Estado, como hierbas salvajes, aún en tiempos de férreas dictaduras. Eso hizo -además del marco geográfico en que se encontraban, muchas veces de difícil acceso-, que su evolución alcanzara características excepcionales, sin paralelismos con otras experiencias de signo similar en otras partes del mundo. A partir de estos ejes, el trabajo anhela convertirse en un muestreo vivo de las potencialidades subjetivas, puestas en evidencia a partir de los sueños, equivocados o no, que mujeres y hombres invocaron en ese enigma abierto llamado Paraguay.

En cualquier caso, ¿qué cosa es Paraguay? Y ante todo, ¿de qué color es?

---

<sup>3</sup> Alain Badiou. *Le Siècle*. París, Editions de Minuit, 2005. P. 17

<sup>4</sup> Por una cuestión de espacio y porque en algunos casos los sujetos de estudio en la actualidad representan un *work in progress*, sólo serán esbozados sus principales rasgos.

## II. Nueva Germania - LAS AMARGAS LÁGRIMAS DE LOS HIJOS DE NIETZSCHE (5)

(Del oro del Rhin al barro del Paraguay o La fuga perfecta)

El alba del 15 de marzo de 1886 despertó más neblinosa que nunca en el puerto de Asunción. A bordo del vapor *Uruguay* venían catorce familias alemanas, la mayor parte de ellos artesanos y campesinos de la región de Sachsen, que habían partido de Hamburgo en un tiempo imposible de medir con categorías de este mundo. Era un tiempo fuera del tiempo, el mismo que se reproduciría –como las extremidades de las sierpes- hacia el futuro. Poco importaba hoy, como ayer o mañana; todo se disolvía como un terrón de azúcar en la humedad de la jungla.

Además del natural cansancio y los rastros demoledores de la travesía, se veía a los viajeros como fantasmas desconcertados: la sensación térmica, incluso a esa hora temprana del día, no figuraba en los manuales que les habían leído sobre el Paraíso.

El hombre que conducía al compacto grupo intentaba mostrarse entero: a pesar de la gruesa sarga que vestía, por completo inapropiada para esa temperatura, no cesaba de agitar los brazos y gritar órdenes con voz marcial. El hombre se llamaba Förster, Bernhard Förster, y no se trataba de un naturalista curioso en busca de quelonios u otras extravagancias. Era un tipo de mirada dura, barba desprolija y grueso bigote intimidante, que ejercía un liderazgo mesiánico aunque se ignoraba el nombre de la divinidad a la que obedecía. Eso sí: se lo veía dispuesto a demostrar, con el agotamiento de su sangre de ser necesario, que la raza aria podría sobrevivir a lo que sea. A fin de cuentas, esa era su naturaleza. Una naturaleza superior.

Formado como maestro, Förster había profundizado sus estudios especializándose en filosofía. Tenía sus propias ideas al respecto. Un nacionalismo extremo y chauvinista lo condujo a posiciones que defendían de modo abierto y declarado el antisemitismo como sistema de salvación para la Nación Germana, lo cual le valió la expulsión de su cargo como profesor por agitación racista. Pero Förster no era de los que claudicaban fácilmente. Estaba poseído por un ímpetu avieso que lo empujaba a llevar adelante sus convicciones hasta las últimas consecuencias. Paraguay lo demostraba. Era riesgoso,

---

<sup>5</sup> Esto es sólo un fragmento del capítulo en cuestión, que merece ser completado a partir del material que se obtenga en futuras búsquedas. La idea es confrontar en el presente histórico las modificaciones producidas respecto a los parámetros con que fue concebida en el pasado esta comunidad.

claro, pero en el riesgo también estaba la fascinación. Así como la gente asiste a la tauromaquia más instigada por el morbo que ejerce la supremacía del animal antes que la habilidad del torero, Förster comprendió que el fracaso involucraba la muerte súbita, en tanto el éxito de su empresa lo llevaría a límites inimaginables.

Una vez en Asunción, Förster remontó junto a las catorce familias el río Paraguay unos 350 kilómetros al norte, hasta un territorio virgen cedido por el Estado y conocido como Campo Casaccia, al que circundan los afluentes Aguarya-umí y Aguarya-guazú. Sobre esta nada salvaje, ocasionalmente visitada por algunos aborígenes nómadas, Förster erigiría el nuevo reino ario sobre la Tierra: Neue Germania. No se conoce a ciencia cierta con qué argumentos convenció a esos catorce clanes de incautos a emprender semejante aventura, ni cuál sería la recompensa. En cambio, sí las tres condiciones fundamentales para llevar adelante la empresa: 1) no tomar nada de alcohol; 2) no comer carne; y 3) la más importante de todas: evitar todo contacto con razas inferiores para eludir cualquier peligro de contaminación (sobre todo, judía).

Siguiendo estos principios con disciplina y determinación, Förster estaba seguro de que el tiempo sería un aliado inflexible para alcanzar su objetivo. Luego de erigido el Imperio, podría retornar a Europa para salvarla de su fatal e irrevocable decadencia. Entre otras fuentes, había escuchado algunas leyendas indígenas afirmaban que antes de ellos hubo gente con la piel blanca y los cabellos rojos, retornados como Dioses en ese salvajismo verde y sin concierto. Esto fue suficiente para Förster, quien se convenció de estar recuperando el espacio perdido de la pureza aria, el punto cero de la autenticidad.

Claro que Förster no estaba sólo en su delirio. Además de las catorce familias, lo acompañaba su propia mujer, Elisabeth, con quien había contraído enlace tan sólo un año antes. Y tampoco se trataba de cualquier mujer, tal como lo delataba su apellido de soltera: Nietzsche. En efecto, era la hermana menor de Friedrich, el filósofo que estaba marcando su tiempo... Y también el porvenir.

Elisabeth nació en Röcken, en la región de Turingia, el 10 de julio de 1846, es decir, dos años después que su hermano. Cuando tenía apenas tres, fallece el pastor Karl Ludwig Nietzsche, padre de ambos, a causa de lo que se diagnosticó como un “reblandecimiento cerebral”, y toda la familia (su madre, su abuela y una tía, además de su hermano), se trasladan a Numberg. A partir de entonces, Friedrich se hizo responsable por la educación de su Elisabeth, tanto en lo que concierne a su perfeccionamiento intelectual como moral. Ella lo idealizaba y los hermanos

desarrollaron un vínculo simbiótico que no los abandonaría hasta el final de sus días, con crisis profundas y una acentuada dependencia respecto al otro.

En *Ecce Homo* (1889), por ejemplo, Friedrich llega a escribir: “*Cuando busco la antítesis más profunda de mí mismo, la incalculable vulgaridad de los instintos, encuentro siempre a mi madre y a mi hermana, -creer que yo estoy emparentado con tal canaille sería una blasfemia contra mi divinidad. El trato que me dan mi madre y mi hermana, hasta este momento, me inspira un horror indecible: aquí trabaja una perfecta máquina infernal, que conoce con seguridad infalible el instante en que se me puede herir cruentamente -en mis instantes supremos... pues entonces falta toda fuerza para defenderse contra gusanos venenosos... La contigüidad fisiológica hace posible tal disharmonia praestablecita... Confieso que la objeción más honda contra el "eterno retorno", que es mi pensamiento auténticamente abismal, son siempre mi madre y mi hermana.*”

Sin embargo, no mucho antes, se había permitido dejar reflejada esta imagen de Elisabeth en *Mi hermana y yo*: “*Para mí Elisabeth es ante todo una mujer, el soleado y caluroso puerto hacia el cual gravita toda mi vida.*” ¿Cuál es la verdadera Elisabeth? Muy probablemente las dos, aunque había otros datos para tomar en cuenta.

Luego del divorcio entre Nietzsche y los Wagner, a Elisabeth no se le ocurrió mejor cosa que aceptar la propuesta matrimonial de Bernhard. Hasta ese momento, Nietzsche y Förster sólo se habían encontrado personalmente una única vez, y el filósofo no ahorró epítetos a su hermana para expresarle el profundo asco que le producía su prometido. En mayo de 1885 tiene lugar la boda, a la que por supuesto Nietzsche no asiste. Resulta altamente probable que haya sido el propio Wagner quien estimulase a Förster con la idea de fundar una colonia en el Nuevo Mundo que demostrara la “pureza de la raza”. A fin de cuentas, entre otras cosas, las ideas vegetarianas que Förster quiso imponer en su inalterable comunidad provenían del ideario del músico.

Elisabeth, a su vez, consintió en acompañarlo en la aventura, no sólo por obediencia marital, sino (fundamentalmente) agobiada por la presión de vivir condenada por su hermano. De modo que Förster comenzó su recolección de firmas y colonos, y llegó a un presunto acuerdo con las autoridades paraguayas.

A principios de 1883, Wagner le envió un telegrama: “*Saludos de Wagner. Felicidades en vuestros Sueños. Buen viaje*”. Pero recién llegado a Asunción, Förster recibió una noticia que debió interpretar como un signo de lo que iba a venir: Richard Wagner había muerto. Entonces escribió: “*Ha sido una especie de trueno el saber que*

*Wagner haya ido al Nirvana... pero es un consuelo el haber vivido con él los mejores y más productivos momentos de su gran carrera... Por mucho que busque, nunca encontraré un hombre tan grande y nadie al que haya pertenecido tanto; mi duro trabajo aquí está dedicado al servicio de sus ideas.”*

Como una princesa en el exilio, *frau Förster* envía sus crónicas desde la jungla al *Bayreuther Blaetter*. En un artículo aparecido en 1888, describe pomposamente la inauguración de Neue Germania, alabando el ideario que le había dado vida, y que incluye la fervorosa adhesión al vegetarianismo, aunque en realidad más como una retórica que como una dieta real.

No obstante, la fuerza de las cosas no sabe de excusas. A herr Förster se le olvidó tomar en cuenta algunos factores que conspirarían contra su épica pangermana; por ejemplo las sofocantes temperaturas, la esterilidad de la tierra y la rudeza de la vida cotidiana. Tan sólo un año después de la fundación de la colonia, el fracaso ya bailaba su vals alucinado con la desproporción de sus propósitos. El silencio, ahora más denso que el aire ausente cubriendo esa inhóspita región de la nada, hablaba alemán. Miradas torvas, ladridos humanos, y una luna quieta que por las noches, con su luz indiscreta, denunciaba la miseria de ese grupo de harapos librado al abandono, desnudaba los rencores y miedos a las de por sí precarias relaciones de la comunidad.

Había un detalle más. En el acuerdo original suscripto con las autoridades paraguayas, Förster se comprometió que a cambio de las tierras, cada año arribaría un nuevo contingente de colonos. Sin embargo, lo que debía ser el seguro éxito de El Dorado, cayó en un ignominioso olvido y se hizo imposible seguir reclutando gente al otro lado del Atlántico. Förster ya estaba endeudado al salir de Alemania, y su situación se hacía cada vez más precaria. Pasaba mucho tiempo fuera de la colonia, con la excusa de buscar capital para su empresa, pero en realidad iba a buscar refugio en el alcohol, algo terminantemente prohibido para la moral de sus discípulos.

¿Qué hacer?, se habrá preguntado Förster algunas décadas antes que Lenin. Todo se desmoronaba sin remedio. Los dioses nibelungos parecían divertidos jugando en otro eje de Tannhäuser. Una cosa era predicar, otra muy diferente vivir de acuerdo a lo que se predica. ¿Qué hacer? Förster había preparado un nuevo truco para su huida. Consiguió un veneno mortal –probablemente de origen guaraní– que mezcló con su aguardiente, y sólo le quedó esperar que las trompetas de la epifanía reclamaran su gloria. Había imaginado muy diferente ese final, pero todo no se puede. El 3 de junio de 1889, entró al sueño definitivo, tan lejos de la eternidad wagneriana.



Quedaba Elisabeth. La situación se le puso más difícil, y no sólo por el duelo que la viuda debía sobrellevar en la selva. El conflicto entre ella y los colonos se hizo insostenible. Además de no cumplir con lo prometido, la menor de los Nietzsche tenía el monopolio del comercio local, de modo que ella misma se encargaba de fijar los precios a los que el resto de los vecinos jamás podían acceder. El odio crecía como un tumor. Elisabeth maldijo su suerte y también se preguntó qué hacer. Su hermano había encontrado una fuga a través de la demencia; su marido, a través de la muerte. A ella sólo le quedaba una cosa por hacer: retornar a Alemania, recuperar su apellido de soltera y cobijarse bajo la reputación de Friedrich.

El plan no le salió del todo mal. Arribó a Naumburg el 16 de diciembre de 1893 y funda “el archivo Nietzsche”. Tres años después, fallece la madre y Elisabeth se hace cargo de los cuidados de su hermano. Lo lleva a la villa Silberblich, en Weimar, donde un año antes había trasladado el archivo y allí lo verá morir, el sábado 25 de agosto de 1900, al mediodía. Un nuevo siglo había finalmente llegado. En 1935, a la edad de 90 años, la hermana de Nietzsche abandonaba este mundo en medio de una Alemania eufórica, legando a Hitler una de las obras capitales de este siglo enmascaradas tras un delirio mesiánico.

En tanto, en Nueva Germania, una mancha verde dentro de otra mancha llamada Paraguay, catorce familias quedaron flotando entre el calor y el olvido como una baba del diablo.

Algo de todo esto reportó Ben MacIntyre, periodista y escritor inglés, en su libro *Forgotten Fatherland – The search of Elisabeth Nietzsche* (Picador, 1992). A la obra no le faltan puntos de interés, pero MacIntyre se dejó llevar por el entusiasmo de una fabulación excesiva. Como ejemplo, consigna la presencia del nazi Mengele en la villa, cuando no hay ningún dato cierto que permita semejante conjetura.

“Ingleses, ingleses...”, susurran en Nueva Germania entre el fastidio y la ironía cuando se les relata algunas de las hipótesis. También afirma, y ahora con algo de razón, que las familias debieron perpetuarse fatídicamente a través de lazos co-sanguíneos para sobrevivir como herederos anacrónicos del sueño wagneriano. El resultado, según MacIntyre, fueron generaciones de fotocopias humanas con un alto porcentaje de oligofrenia. Lo que debió ser el enclave que demostrara la superioridad racial, terminó siendo el cementerio para los ideales de grandeza de la raza aria.

Sin embargo, después de algunos días en Nueva Germania, es fácil percibir algo más. La obsesión por el pasado hizo que el británico perdiera de vista el presente, que de alguna manera encierra una utopía inversa a la imaginada por Förster. En verdad, el sueño pangermánico respondía a una nomenclatura precisa, acuñada por John Stuart Mill en el siglo XIX: se trata de una *distopía*, es decir, una utopía donde la realidad transcurre en términos opuestos a los de una sociedad ideal. La diferencia entre *utopía* y *distopía* puede depender del punto de vista del autor de la obra o incluso, del receptor de la misma, de acuerdo juzgue el contexto descrito como deseable o indeseable.

Es hora, entonces, de viajar por los viejos restos diurnos de una tierra onírica llamada Nueva Germania, que recién ahora parece ser “nueva”, aunque no germana.

### (Travesía)

(...) De pronto, una señal. Sobre un parador de lata, de esos para protegerse de la lluvia, el sol o alguna calamidad mayor, un cartel declara: *Sociedad de Fomento de Nueva Germania*. Hora de preguntar. “¿Falta mucho para la plaza?”. Los chóferes se interrogan con una mirada. “¿Qué plaza?”. Era de imaginar: Nueva Germania no tiene plaza. La Sampedrana se detiene en “la estación”, un comercio de medias, velas y boletos. El mismo verde, el mismo rojo, y un caserío que se expande sin demasiado orden aquí y allí. Los rostros que se cruzan muestran una mezcla de curiosa indiferencia y respeto. Alguien saluda. La calle es un barrial imposible.

Invoco el nombre del pastor Ihle. Me ordenan hablar con Gilbert, que trabaja en la carpintería. Gilbert Muntwiler es un suizo de 39 años demasiado parecido a John Malkovich, salvo por el aserrín que lo cubre de pies a cabeza. Me dice que el oficio, como otros, lo aprendió allí, porque en realidad se formó como ingeniero de sistemas. Es increíble: lo veo tan lejos de los Alpes como de las computadoras. Silencio.

Hable con Gilbert, le digo que me dijeron. Hablamos. Lo primero que asoma es cierta premeditada desconfianza. Explica: el libro de Macintyre trajo a la BBC y la BBC a un artículo en Der Spiegel donde se acusa a los habitantes de Nueva Germania de neo-nazis o mongoloides. “Ni una cosa ni la otra”, afirma, “Existen, en la misma proporción que en cualquier otro pueblo. Ni más ni menos”. “No vengo a probar nada”, alego. “Solo quiero conocer”. (...)

Llega un muchacho moreno y me lo presentan. Erwin Fischer es descendiente de los primeros pobladores. Tiene 23 años, da clases de horticultura y está casado con una paraguaya-porá. Es padre de un niño de tres. Habla, claro, alemán. También guaraní. Concede en presentarme a sus parientes. Me dispongo a ponerme en camino pero aclara que necesitamos un vehículo. No entiendo. Aparece con una pequeña moto con las ruedas desinfladas y me invita a subir. Estábamos en el “centro” de Nueva Germania. La comunidad original habita unos 25 kilómetros monte adentro (...)

### **(Otra vuelta de tuerca. Las simetrías del caos)**

De vuelta en el pueblo. El calor sigue ahí, donde estaba, indiferente, anestesiando todo con su presencia. Aquí no hay relojes ni mercurio, dice alguien, de modo que tampoco hay motivos para que el calor escape. Es el perfecto asesino (...)

En el bar-pulpería, Gilbert está sentado junto a dos amigos. Uno es rubio y grandote, digamos Rudy. El otro, más pequeño, de cabello oscuro y bigotes, digamos Max. Los dos rondan 30 años. Erwin también nos acompaña. Hablan alemán entre ellos. Hojean un diario de Asunción también escrito en la lengua de Goethe. En la pared, un almanaque muestra un mapa de Sudamérica donde Paraguay aparece remarcado con un lápiz furioso. Una mujer atiende en el mostrador. Alguna vez debió ser bonita. Llegan rostros claros u oscuros. Saludan respetuosamente y hacen sus pedidos en alemán o guaraní. También, los menos, en castellano. Por un momento, el espacio carece de sentido.

Le pregunto algo a Max y no responde. “No comprenda”, varias horas más tarde con cara de caricatura. Los otros sonrían. No, Max no entiende español. Miro sorprendido: no, no es descendiente de los colonos, sino alemán de Alemania, de Düsseldorf. Sí, se vino a instalar en Nueva Germania. Y también Rudy, aunque él es suizo, como Gilbert, pero de otro cantón. Y falta un cuarto, un alemán que vivió en Noruega y en la Guayana francesa. Gilbert, ahora sumamente amable y hospitalario, cuenta que todos ellos huyen de la locura europea, de la carrera consumista y artificial, de los brotes racistas, de la destrucción sistemática del medio ambiente y la incomunicación, de la alienación urbana. Todos huyen. (...)

Nueva Germania les proporcionó no sólo un nuevo refugio sino también la arcilla dónde amasar una nueva utopía: exactamente de signo inverso a la que elaboró el doctor Förster, a la de Elizabeth Nietzsche. No se maneja dinero, toda la comunidad

funciona en base al trueque. Los alimentos son orgánicos. Cada uno entrega horas de su trabajo en la cooperativa. Es una buena vida, dicen. Estos nuevos colonos y los otros, los herederos fotocopiados del sueño wagneriano, están dando vuelta la historia. Ahora vamos a comer, invita Gilbert. Bajo un quincho, se desparraman mesas y aparecen algunos trozos de carne. El pueblo come (...)

Las estrellas se tragan la noche con voracidad. En ningún otro lugar del planeta existen tantas estrellas. Algunos cebúes descansan con los hocicos iluminados en plena calle. Un grupo de adolescentes juega carreras y realiza proezas acrobáticas con unas modernas bicicletas *Mountain Bike* llegadas de contrabando. ¿Cómo aprehender la historia de Nueva Germania? Gilbert sonrío y me señala a uno de los muchachos.

¿Ves ese chico?, me dice e indica a un pequeño con una gastada camiseta de Olimpia. Bueno, es sordomudo. Pero no hay nadie en el pueblo que no le hable como a cualquier ser humano. A nadie se le va a ocurrir tratarlo de un modo distinto. Y él, por supuesto, entiende. Esto es Nueva Germania. Esto y el río.

### III. Filadelfia - MONDO MENNO, LA DIMENSIÓN DESCONOCIDA

(...) Recorrer hoy los cerca de 470 kilómetros que separan Asunción de Filadelfia por la ruta Trans-Chaco, construida entre 1957 y 1964, resulta un viaje hasta confortable comparado con el itinerario que debieron realizar los colonos antes de su realización: había que navegar río arriba el Paraguay hasta Puerto Casado, seguir en tren de trocha angosta hasta la estación Kilómetro 145, para ingresar luego en el llamado “infierno verde” en carretas tiradas por bueyes. Una semana o diez días contra las seis horas de la actualidad.

Cae el sol seco del Chaco. Los ojos se cierran. Sucede una pantalla: ciega. Segundos u horas más tarde, un impulso refrena el ensueño. *Museo Jakob Unger*, se alcanza a leer entre las brumas. “¿Es aquí?” Me zambullo del vehículo detenido en un punto oscuro. El objetivo es claro: pisar firme en Filadelfia. Error. Trastabillo y caigo. Era arena. La tierra firme era arena, mis ideas eran arena. El ómnibus se marcha definitivamente.

Miro en torno. Sólo una avenida desierta y nubes de polvo. No sé si aguardar esas pelotas fantasmales que jamás faltaban a la cita en las viejas películas del far west. Puede ser Dodge City, Laramie o Laredo. Pero no, es Filadelfia, centro administrativo

de la colonia Fernheim. Filadelfia, fundada en 1930 por colonos llegados de Rusia. Filadelfia, capital menonita del departamento de Boquerón. Filadelfia, segundo poblado menonita en Paraguay después de la vecina Loma Plata. Filadelfia cuadriculada y cruzada de norte a sur por la avenida Hindenburg, llamada así en honor al mariscal prusiano Paul von (1847-1934), héroe de la Primera Guerra Mundial y último presidente de la República antes del Tercer Reich, que también devino en zepelín. Filadelfia de fe y de arena. Filadelfia del desierto.

(...) En 1517 Martín Lutero colocó sus 95 Tesis o Principios de Fe en la puerta de una iglesia de Wittenberg. En su escrito cuestionaba algunas prácticas de la autoridad eclesiástica, como el culto a las imágenes, la venta de indulgencias, la autoridad absoluta del Papa, etc. Este hecho fue interpretado como una grave agresión a la Iglesia Católica y el Sumo Pontífice, y los pueblos germanos y sajones adhirieron a las prédicas de la Reforma. En Suiza, un seguidor luterano, Ulrich Zwinglio, junto a un grupo de discípulos, enfatiza la autoridad de las Sagradas Escrituras, pero continúan ejecutándose los antiguos ritos, en particular el bautismo de niños, al que se oponían los reformistas, que se hacen llamar “Hermanos en Cristo” o simplemente *Täufer* (bautizadores). En una carta fechada el 5 de septiembre de 1524, estos hermanos dan a conocer un concepto de iglesia tal como se conocía, supuestamente, en tiempo de los apóstoles. Dicha iglesia estaba caracterizada, entre otros, por tres puntos fundamentales, que se plantean así:

- 1) La Iglesia de Cristo es una iglesia libre del Estado.
- 2) La Iglesia de Cristo es una minoría perseguida.
- 3) El bautismo debe realizarse en base a una fe confesada.

Este último tema fue central en la nueva doctrina, ya que se negaba la existencia en las Escrituras de un mandato específico acerca del bautismo de niños, debiendo ser otorgado solamente a aquellos auténticos creyentes que aceptaban la fe cristiana con plena conciencia. Durante un culto en enero de 1525, Georg Blaurock, uno de los antiguos discípulos de Zwinglio, solicitó ser bautizado conforme a su fe, y el hecho fue imitado por muchos de sus hermanos. A partir de allí, a quienes entendieron la fe cristiana de esta manera se los llamó *anabaptistas* (del griego, *ana*, “vuelto a”, “nuevamente”). También se los llamó en forma mucho peores y comenzaron a ser perseguidos sin piedad por toda Europa. Entre otras características de su doctrina, en Suiza, Holanda y Alemania, dejando regueros de “mártires”.

En 1530, la noticia de que un buen hombre llamado Sicke Snyder había sido castigado con la muerte sólo por el “crimen” de haber recibido el *segundo bautismo*, llamó la atención de un sacerdote holandés que respondía al nombre de Menno Simmons. Nació en 1496 en Witmarsum, una pequeña aldea al oeste de Frisia (Friesland, de allí el nombre de otra de las colonias paraguayas) y se ordenó como sacerdote recién a los 28 años, reconociendo que “hasta ese momento nunca había tocado las Sagradas Escrituras. Temía que si llegaba a leerlas, podía ser desviado y confundido (...) Con otros dos jóvenes sacerdotes, matábamos el tiempo jugando, bebiendo, y dedicándonos a todo tipo de vanidades como es común entre gente ociosa. Cuando hablábamos de las Escrituras, no había palabra de la cual no pudiéramos burlarnos, pues no comprendíamos nada acerca de su significado. Tan oscura era la palabra de Dios para mí.”

Esta peculiar concepción de su formación religiosa, hará de Menno Simmons un personaje tan singular como central será su rol dentro del anabaptismo. En 1537 dejó definitivamente la iglesia católica, se casó y fue elegido con la distinción de “anciano” por su nuevo clan. Se entregó de inmediato a los caminos en misión evangelizadora en busca de creyentes confundidos, inocentes y abandonados. Muy pronto se convirtió en indiscutido líder, organizó congregaciones y fue rigurosamente perseguido por el poder, llegando el propio Carlos V a poner el precio de cien florines por su cabeza, vivo o muerto. Esto hizo de la existencia de Menno una larga huida, por Frisia oriental, el norte de Alemania y Prusia. Ya en 1544 la condesa Ana de Frisia llamó *mennishe* (menonitas) a los anabaptistas pacifistas y el nombre se propagó. Según un estudioso de su vida, Menno no se destacó por su elocuencia, y sin embargo fue un gran orador; no sobresalió por su arte literario, pero sus obras muestran agudeza e inteligencia; tampoco se lo puede considerar un teólogo avezado, pero fue sin dudas uno de los grandes líderes religiosos de su época y de su nación. La importancia de Menno radicó, sobre todo, en la misión pastoral. Organizó el movimiento, le dio firmeza y prestigio cuando parecía que el anabaptismo sucumbiría en otro intento febril de un grupo de fanáticos sin fundamento. Quizás, lo más valioso de Menno haya que buscarlo en sus propias dudas. En una ocasión llegó a escribir:

“Yo creo y confieso que hay un Dios omnipotente, eterno e indescriptible... pero no lo comprendo. Yo creo que este Dios eterno a través de Su palabra ha creado cielo y tierra y las sostiene; pero no lo comprendo. Yo creo y confieso que toda criatura humana resucitará de la tierra con un nuevo cuerpo, pero no lo comprendo. De la

misma forma no comprendo cómo la incomprendible Palabra eterna se hizo carne u hombre en María, pero la escritura lo enseña.” (*Mennonitisches Lexicon*, III, 1958, 83)

(...) Damas y caballeros prosiguen con sus bromas en esa lengua blanca que llegaba intacta a través de los siglos. Esos habían sido los orígenes entonces. El hallazgo no es menor: Menno le dio forma a una doctrina a partir de todo aquello en lo que se reconocía como incapaz de entender. Y así comenzó el tiempo de las migraciones. Prusia, Ucrania, Siberia, Estados Unidos, Canadá, México... Faltaba saber por qué anillo mágico los bisnietos de los Nibelungos terminaron en esta porción de la Nada.

Según dicen, todo se ve diferente bajo el calor del sol. Debe ser cierto, ya que al menos Filadelfia, despejadas las brumas nocturnas, lucía aún más bizarra. Las calles amplias y polvorientas, los nombres y carteles en alemán, señoras de medio siglo en vespas flamantes, indios en bicicleta o buscando cualquier refugio bajo la sombra. Una señal muestra niños cruzando la calle y advierte: *Vorsicht Schüler*. De vuelta en la Hindenburg, se pueden apreciar algunos comercios. Brillantes camisetas de fútbol de casi cualquier lugar (Valencia, Werder Bremen, Fluminense), una suerte de almacén de ramos generales, la herrería, una agencia de viajes, *Stern*, que no va más allá de las vecinas Neuland o Loma Plata, y es regentada por dos gerontes de aspecto algo amenazador. La mercería *Ely* denuncia en la puerta y con letra desapareja a “los clientes que aún no pagaron sus cuentas”: en la lista no hay un solo apellido germano.

Resuelvo volver a la escena del crimen. Museo Jakob Unger. La casa, de madera y fisonomía claramente europea, exhibe orgullosa al frente un jardín de flores multicolores que sorprende. Bouganvillas, margaritas, lapachos. Se confirma el rumor generalizado a lo lejos sobre el *milagro menonita*: “Del desierto hicieron un vergel”. Pero en el centro del mismo, asoma una maravilla que no pertenece al reino vegetal: una máquina enorme, negra, que parece escapada del pleistoceno. Se trata de una cortadora de madera a vapor, la única herramienta mecánica que los colonos lograron transportar de quién sabe dónde.

En la puerta se ocupa de la bienvenida un hombre alto y de mirada azul, para variar. Abre grande la mano ya de por sí enorme e invita con una sonrisa afable. Su nombre es Gundolf Niebuhr y enseguida invita a recorrer la única sala del Museo, que recopila objetos diversos, desde ropas, libros, instrumentos musicales, utensilios domésticos y agrícolas, hasta cualquier cosa que pueda relacionar a los colonos con su historia.

También la antigua prensa tipográfica desde dónde se imprime el periódico quincenal en alemán de la comunidad, el *Menno-Blatt*, del que Niebuhr es su editor responsable. Pero la planta superior sorprende con una muestra inesperada: varios animales disecados, entre ellos un lobo y un caimán, además de diversos reptiles y anfibios que observan graves desde sus jaulas de cristal y alcohol, vigilan al visitante. Junto a la puerta de entrada, un cuadro reproduce en un mapa el itinerario de la mayoría de los pioneros de la Fernheim.

“Mis padres nacieron en Rusia. Mi papá en Ucrania y mi mamá es de la zona de Slavoro, Siberia central”, relata Niebuhr con la mirada perdida en un monolito alzado en el jardín posterior del museo en honor a los pioneros. “Sus familias eran originarias de la región del delta del Vistula, en lo que hoy es Polonia, el corredor de Danzig. De allí emigraron en 1789 a Ucrania estableciendo las primeras colonias a ambas orillas del Dnieper, a unos 200 kilómetros del mar Negro. Esas fueron las colonias originales. Allí hubo un constante movimiento durante el siglo XIX y entrado el siglo veinte XX, sobre todo hacia el este, donde se establecieron colonias por la zona del Volga y los Urales. Cuando se construyó el transiberiano a principios del XX, muchos se fueron hacia Siberia central porque allí había tierras disponibles para colonización, y así es como mi mamá nació en Slavorov, mientras que mi papá viene de Ucrania. Se encontraron en China, cuando en el `29 debieron huir a causa de la persecución de Stalin. Mi padre es del grupo que huyó en la navidad de 1930, cruzando el río Amur que, por supuesto, estaba congelado. No muchos lo lograron. Esperar en Harpin casi un año y medio. Luego fueron a Shanghai. Desde allí, en otro barco, cruzaron el Indico, el canal de Suez, hasta Marsella. Luego a El Havre, otro barco a Buenos Aires. Después a Asunción por el Paraná, de allí a Puerto Casado por el Paraguay, y luego por tierra hasta lo que hoy es Filadelfia. Lógicamente, mucha gente quedó en el camino luego de semejante travesía. Mis padres tenían 14 años cuando llegaron a Paraguay.”

El tema de la memoria es vital entre los menonitas, alcanza con visitar la biblioteca y librería de la ciudad. Aún los más críticos, lo primero que hacen es relucir los periplos de sus antepasados. Cuando narran sus desventuras, lo hacen con un orgullo épico, como si fueran héroes contemporáneos de Ulises. Sólo que no había Itaca a la que volver. ¿Por qué entonces Paraguay? Como siempre, el azar determina más que la razón.

En 1920, durante un viaje en barco desde Nueva York a Asunción, el entonces presidente del país, Manuel Gondra, conoció a un hombre de negocios, propietario de



tierras en Estados Unidos, Samuel McRoberts. Este ex militar buscaba tierras libres para su cliente, el Comité Central Menonita (CCM), instalado en Acron, Pensilvania, que deseaba solucionar el problema planteado por un sector de los menonitas (unos 6.000 sobre 18.000) residentes en Canadá desde hacía entonces 40 años. Esas familias no aceptaban que las autoridades las obligaran a seguir el mismo programa escolar que a los demás inmigrantes, negándose particularmente a aprender el inglés. Además, al ser pacifistas, no querían integrarse al ejército. Al enterarse de que México había recibido a unos 4.000 menonitas, pero que la Argentina no los aceptaba, Gondra se preguntó: ¿por qué no Paraguay? El Chaco era un desierto y esa gente podía ser un buen tapón ante la amenaza boliviana. Además, no confiaba mucho en que fueran a sobrevivir. No se perdía nada.

Así fue como llegó el primer contingente de menonitas canadienses al Chaco y fundó Loma Plata (Colonia Menno) en 1927. Tres años después comenzaron a llegar los colonos de Rusia. Actualmente, hay 18 colonias menonitas en todo Paraguay, sumando un total de casi treinta mil fieles. Las hay de todo tipo, más liberales y las más ortodoxas, como por ejemplo las del oriente, de origen mexicano, Río Verde y Nueva Durango, pero también Bergthal o Sommerfeld en Caaguazú. Están emparentadas con aquellos grupos que Harrison Ford popularizó en *Testigo en Peligro*, los *amish*, quienes viven exactamente como en el siglo XVI, sin aceptar la electricidad ni ninguna otra prerrogativa del llamado progreso, hombres de largas barbas y mujeres de negro de la cabeza a los pies.

“Siento gran simpatía por los *amish*”, sorprende Niebuhr. “Los conocí de cerca en Indiana, Estados Unidos. Realmente admiro a esta gente, por su vida ecológica; para mí tienen una respuesta muy atractiva por la crisis ecológica global. No es que todo el mundo pueda o quiera vivir como ellos, pero la disciplina de su estilo de vida y la consistencia de su ética, la estructura familiar tan cariñosa y tan integrada, y su forma de trabajo comunitario, son admirables.”

Los menonitas tienen una asombrosa plasticidad social. Al llegar al Chaco, por ejemplo, no encontraron más gente que algunas tribus nómadas y recolectoras, como los Enlhet (también llamados Lengua) y los Nivanclé. A pesar de las diferencias culturales más que evidentes, hasta el día de hoy siguen siendo sus principales aliados.

“Se establecieron contactos pacíficos curiosos”, reconoce Niebuhr. “Los indígenas querían ver los objetos materiales de la civilización, querían probar las comidas, el azúcar, y los menonitas aprovecharon mucho de los indígenas para conocer el medio

ambiente chaqueño, ubicarse en el bosque, aprender qué frutas del bosque natural se pueden comer, buscar los campos adecuados para ubicar las aldeas, aprender algo del ciclo de lluvias anuales, en este sentido mucho dependieron de los indígenas.”

Entre ellos se comunicaban en *plattdeutsch*, el dialecto del siglo XVI que mezcla un alemán anacrónico del Vistula con palabras del holandés y aún de otras lenguas que se fueron incorporando en la peregrinación. Es curioso escuchar a los aborígenes más viejos hablar naturalmente (al menos, más que el español) esta lengua extraña. A la fecha, hay planes de cooperación entre los pueblos originarios y los menonitas con financiación internacional, y entre ellos existe una empatía mayor que la que ambos grupos sienten por los “*latino-paraguayos*”. Pero no todo es tan ideal. Gundolf sabe separar los granos.

“La síntesis menonita-indígena que se ha creado es un fenómeno curioso, un fenómeno un poco excepcional en toda América. El encuentro no fue caracterizado por la violencia de ningún lado, sino más bien un firme propósito de establecer contactos pacíficos y armónicos”, afirma. “Eso no quiere decir que no haya problemas. Hay tensiones, hay una cierta agresión cultural percibida de parte de los indígenas, sobre todo al mirar hacia atrás, ya que siendo económica y culturalmente dominantes los inmigrantes se impusieron sobre la cultura local. Las tierras evidentemente eran indígenas y hoy en día ya no lo son, salvo por un porcentaje muy reducido que pertenece legalmente a los nativos. Todas estas cosas forman parte de los fenómenos coloniales que también se dieron en otros lugares.”

Resulta casi excepcional encontrar una pareja mixta entre menonita e indígena (aunque sí existen indios rubios y de ojos azules), y no faltan quienes acusan a los “extranjeros” de utilizar a los aborígenes como mano de obra barata. Algo de eso hay. En la enorme fábrica de lácteos de la Cooperativa Colonizadora Multiactiva Fernheim, que diariamente recibe unos 70.000 litros de leche recogidos por varios camiones de un total de 400 ganaderos de la zona, el sesenta por ciento de los obreros son indígenas que, por cierto, cobran considerablemente menos que “los blancos”.

Los prejuicios de los “*latino-paraguayos*” son aún mayores. El éxito económico de los menonitas del Chaco hizo crecer la idea de que eran un grupo privilegiado. De pronto, el Chaco pasó del más absoluto olvido a ser una gran tentación dado el progreso manifiesto en las últimas décadas. Basta con pensar que recién en 1988 los teléfonos se integraron a la red nacional e internacional, y una década más tarde se estableció la conexión a la red nacional de energía eléctrica, supliendo a la planta anterior basada en

energía de fuego de madera. Además de los lácteos (quesos, yogurt, chocolatadas) que se comercializan en el mercado nacional, la producción también comprende hoy cultivos de maní, algodón y sorgo. La acusación que hace a los menonitas responsables de apoderarse del Chaco no tiene sentido, toda vez que el Chaco no existía antes de su presencia: era una región fantasma, donde nada podía crecer, desdeñada por hombres y dioses. Condenada.

En realidad, recién ahora el Estado comienza a implantarse tibiamente a través de escuelas públicas, contingentes policiales simbólicos, etc., pero la totalidad del poder sigue estando en manos de los menonitas. A su llegada al páramo, los menonitas consiguieron una suerte de autonomía política. Delegaron en la persona de un responsable elegido la gestión del núcleo central de su pertenencia -la cooperativa de producción- y la gestión de los servicios de educación, salud, obras viales, etc., a la vez que le concedían una influencia religiosa preponderante. Actualmente, las dos primeras tareas están formalmente disociadas, a pesar de seguir a cargo de la misma persona, mientras que la función de predicador escapa a la lógica administrativa y económica, lo que a veces provoca algunos conflictos.

De todos modos, Niebuhr confía en que poco a poco se incrementará la integración entre los diversos grupos. “Yo nací acá en Filadelfia, pasé ocho años de mi vida en Norteamérica pero volví. Crecer aquí en los años `60 realmente era otro mundo. En toda Filadelfia vivía sólo una familia paraguaya, así que se puede hablar de un microcosmos menonita. Pero la llegada del asfalto sobre la ruta Trans-Chaco coincidió con la caída del régimen de Stroessner y también con la llegada de medios modernos de comunicación. Aunque no parezca, estamos en otro momento, en otra parte.”

#### **IV. Postludio. SOPA SÓLIDA**

En cada una de las señales utópicas dejadas por individuos o grupos diversos empujados por una *verdad* determinada, se construye una memoria y un *cronotopos*. Este término, aunque tomado de la Teoría de la Relatividad de Einstein, fue incorporado por Mijail Bajtin a la teoría literaria para nombrar “*la intervención esencial de las relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura*”. Y continúa: “*En el cronotopo literario-artístico tiene lugar una fusión de los indicios espaciales y temporales en un todo consciente y concreto. El tiempo aquí se condensa, se concentra*

*y se hace artísticamente visible; el espacio, en cambio, se intensifica, se asocia al movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los indicios del tiempo se revelan en el espacio, y éste es asimilado y medido por el tiempo.”* <sup>(6)</sup>

El cronotopo es entonces una especie de punto nodal de la trama, tiene una dimensión configurativa, por cuanto inviste de sentido –y afecto- a acciones y personajes. En él operará tanto el presente de la narración como la carga valorativa que conlleva por historia y tradición. Se invita a pensar el espacio/tiempo de la utopía, en consecuencia, no como un horizonte extenso y homogéneo, sino en función de sus discontinuidades y disrupciones, espacio abierto a la interrelación, la diferencia y, en particular, la coexistencia de esas diferencias (en otros términos, la simultaneidad de las historias).

Esta concepción resulta próxima a ciertos significantes de la reflexión postestructuralista: desterritorialización, nomadismo, devenir-otro, según Deleuze-Guattari. Significantes que suponen el desplazamiento, el espaciamiento, la suspensión, y por ende un metafórico “alejamiento del origen” en beneficio de las interacciones, las hibridaciones, los límites imprecisos, el juego de las diferencias.

La tensión, siempre irresuelta, entre el desplazamiento y el arraigo, puede caracterizar a los fenómenos migratorios que ponen a prueba no sólo las identidades, sino también los espacios (tanto íntimos como públicos) resultantes, así como los discursos que los constituyen. Pero esta tensión, que a veces puede asumir rasgos conservadores –en tanto pretenda resolverse en una dirección única (ciertos nacionalismos, vuelta a los orígenes), al mismo tiempo encuentra su expresión máxima de productividad en lo imprevisible, esa tensión que puede llevar de un polo a otro anhelos y convicciones, sin fijarse, definitivamente, en ninguno: como diría Barthes, se trata entonces de echar “raíces en el aire”.

---

<sup>6</sup> Mijaíl Bajtin. *Problemas literarios y estéticos*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1986. P. 269-270.

## BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

BECKINGHAM, Claire. *The Lanes of Cosme Colona Paraguay 1893-1904*. Brisbane, 1993.

BERTONI, Moisés S. *Influencia de la Lengua Guaraní en Sudamérica y Antillas*. Ex Sylvis, Puerto Bertoni, 1918.

----- . *La Civilización Guaraní* – Ex Sylvis, Puerto Bertoni, 1916.

BERTONI, Ma. Alida Peche de, & BERTONI, Jesús Elías. *El Vigía de la Selva*. Edic. del Autor. Posadas, 1984.

CARDOZO, Efraim. *Apuntes de Historia Cultural del Paraguay*. Biblioteca de Estudios Paraguayos, Asunción, 1998.

----- . *Breve Historia del Paraguay*. El Lector, Asunción, 1996.

CARVALHO NETO, Paulo de. *Folklore del Paraguay*. El Lector, Asunción, 1996.

DÜRKSEN, Heinrich. *DaB du Nich Vergessest der Geschichten*. Lebenserinnerungen von Heinrich Dürksen, Filadelfia, 1997.

ESTLANDER, Bernhardt. *Eugen Schauman – En livsbild ur Finlands Kamp*. Söderström, Helsinki, 1924.

FOGEL, Ramón. *Mbyá Recové. La Resistencia de un Pueblo Indómito*. Universidad de Pilar, 1999.

GELLY, Juan Andrés. *El Paraguay – Lo que fue, lo que es, lo que será*. El Lector, Asunción, 1996.

GOBBETT, Don & SAUNDERS Malcolm. *With Lane in Paraguay With Lane in Paraguay: Harry Taylor of the Murray Pioneer 1873-1932*. Central Queensland University Press, Rockhampton, 1995.

GUASH, Antonio / ORTIZ, Diego. *Diccionario castellano-guaraní, guaraní-castellano*. Centro de Estudios Paraguayos Antonio Guash. Asunción.

HEIN, David D. *Los Ayoreos – Nuestros Vecinos. Comienzos de la Misión al Norte del Chaco*. Edic. de Autor. Asunción, 1990.

KLASSEN, Peter P. *Kapute mennonita. Arados y fusiles en la Guerra del Chaco*. Asunción, 1996.

LAGERBORG, Rolf. *I Eгна Ögon – och Andras*. Söderström, Helsinki, 1927.

MACINTYRE, Ben. *Fatherland – The Search of Elisabeth Nietzsche*. Picador, London, 1992.

MELIÁ, Bartomeu. *El Paraguay inventado*. Asunción, 1997.

MUELLER, Ulrich. *Resumen histórico de los mennonitas en el Paraguay*. Editado por Ulrike Mueller-Döhle. Asunción, 1998.

ROSS, Lloyd. *William Lane and the Australian Labor Movement*. Sydney, 1935, reissued, Hale & Iremonger, Sydney, 1980.

SOUTER, Gavin. *A Peculiar People. The Australians in Paraguay*. Angus & Robertson, Sydney, 1968.

WHITEHEAD, Anne. *Paradise Mislaid: In search of the Australian tribe of Paraguay*. University of Queensland Press, Brisbane, 1997.

WILDING, Michael. *The Paraguayan Experiment: A documentary novel*. Penguin, Melbourne, 1984.